

Gozayo y el Túnel

EL túnel se abrió por unos segundos y Gozayo entró de prisa.

La poca luz que regalaba la Luna dejó ver como una garganta petrificada, el ingreso de lo que habría de llevarlo de Caxamarca al Cusco.

Apuró sus pasos y, al saberse dentro, pudo distinguir esa brillantez que había soñado: verde como hoja de lima que lo cegaba.

El ingreso al túnel se cerró de pronto y supo que no tenía más alternativa que seguir penetrando en esa manga de piedra que lo había atrapado y de la que, sin embargo, algún día tendría que salir, acaso vivo o quizá mal herido.

La luz verde se redujo y quedó intensa sobre la mano extendida de una niña que le sonrió y le ofreció acompañarlo en su camino al Cusco. «¿Eso es lo que has pensado, verdad?», le dijo ella con dulzura. Gozayo no supo qué decirle, pues no fueron palabras las que escuchó, sino pensamientos. Algo, sin embargo, lo impresionó más: los dientes que mostraba la niña al sonreír eran de oro, no había duda; del oro más puro visto por sus ojos celestes.

«Fui hija de Atipaj Kallpa, a quien tú llamas Atahualpa, el último inca. Y sé bien por qué no estás con tus compañeros. Eres ambicioso, Gozayo, como tu madre a la que has dejado en España», le dijo ella.

Gozayo sintió miedo y empuñó rápidamente su espada. Recordó al Gobernador marginándolo en la repartición de todo cuanto habían conseguido en el camino de Tumbes a Caxamarca y maldijo la hora en que dijo «sí» para acompañar a Francisco Pizarro en su locura de conquistar el Perú. Pudo recordar, también, muy a pesar de sus miedos, a los seis mil muertos tendidos en la plaza; aquel fatídico momento no pudo contenerse: vomitó hasta más no poder y decidió que, entre la confusión de la noche y los quejidos de los indios moribundos, huiría a la colina que preside el valle de Caxamarca.

«Huí de la matanza, niña. No podía matar a nadie más. Huí hasta la colina donde hallé la entrada a este túnel. Fue así como llegué hasta aquí, niña, por huir de mí mismo y de la matanza».

«Fue también por eso, Gozayo. Pero sobre todo llegaste porque sabías que en esta colina había un túnel que te llevaría directamente al Cusco, donde bien sabes, por lo que te han contado las mujeres a las

que has sometido, hay más oro que en todo el mundo que conoces».

La voz de la niña cambió de pronto. «Más ronca que la del gobernador la noche en que planificó atrapar al Inca Atipaj Kallpa», pensó Gozayo. La luz verde que ella tenía en su mano extendida se convirtió en un pequeño lamparín de luz blanca que empezó a alumbrar un camino sombrío. Poco duró la luz y la presencia de la niña. La oscuridad lo cubrió todo y, cuando ese instante de nunca acabar le parecía una pesadilla aterradora, se dio cuenta que los pantalones los tenía mojados.

Trató de avanzar cogido de paredes de piedra áspera sin nada que ver. Sospechó que la ceguera de cualquier cristiano era ese estado en el que ahora se encontraba. Trató de razonar: «No es ceguera, lo que pasa es que nada se ve». Avanzó hasta que decidió sentarse. Tocó el suelo buscando un apoyo y sintió algo blando donde trató de ubicar sus posaderas mojadas.

No era una manta de aquellas que robaron de la última posada donde pernoctaron antes de la matanza, sino algo que se escurría y enredaba entre sus piernas. «Una serpiente», pensó. «Tan ancha como un caballo».

Quiso llorar y no le salieron lágrimas. Intentó pararse y las piernas no le ayudaron. Se resignó a morir. Lamentó no haberle contado a nadie lo que había soñado las últimas noches. Se tocó la barba y quiso pensar que se trataba de otro mal sueño. Sintió que el bulto que se movía por debajo se escurría rápido y se alejaba sin hacer el menor ruido.

Abrió los ojos tanto como pudo y no logró distinguir nada. Sólo un zumbido en sus orejas le hizo recordar a los moscardones de Panamá que casi lo alocaron y que nunca picaban. Pensó nuevamente en la muerte, esta vez tan real que quiso llorar y arrepentirse de todos los asesinatos cometidos; pero no fue así, pues un pequeño chorro de luz le dio la tranquilidad y paz que no sentía desde el día que culminó el desierto de Piura.

La luz se apropió de una piedra que dejaba ver otras tantas, tan blancas y bien talladas que daban la impresión de haber sido hechas al más caprichoso antojo. «Acaso fueron primero de materia líquida y las hicieron en grandes moldes», pensó.

Reparó, con gran calma, que estaba dentro de una habitación en cuyas paredes habían cientos de serpientes talladas en piedra y, bajo una ventana trapezoidal,

yacía un esqueleto tan bien conservado que parecía hecho de mármol. Se asombró de estar tranquilo. «En otra circunstancia, ya habría corrido», se dijo.

Intentó adivinar la forma en que habría entrado, pues la puerta estaba cerrada. Extrañó a la niña de dientes de oro e intentó ver la fuente de la luz y no pudo. Quiso explicarse todo y sólo atinó a ponerse de pie.

Se tocó la barba y se dio cuenta de lo mucho que le había crecido. Nada comprendió. «No es posible que haya crecido tanto en tan poco tiempo», murmuró.

Olvidó el cansancio. Buscó en vano su espada y la divisó atrapada entre las costillas del esqueleto, mohína y empolvada. Olvidó los pantalones mojados y de un salto tomó su arma amada y limpió la inseparable empuñadura donde se veía un símbolo especialmente tallado para su viaje a América: tres cuernos de toro entre una corona de espinas.

La puerta de ese recinto se abrió cuando menos lo esperaba. Dudó en salir. Luego pensó en el Cusco, en el oro abundante de sus templos y calles, en sus mujeres hermosas y todo cuanto había escuchado de esa ciudad de ensueño.

Salió despacio. La puerta se cerró y pudo divisar delante un largo camino y una luz que se alejaba. «El túnel, nuevamente», dijo. Reparó por unos segundos en el agua extensa que acompañaba el camino y supo que era en verdad una gran laguna. Bajó desesperado a saciar su sed. Intentó beber y no hizo más que maldecir. «¡Sabe a sangre, Dios mío!», gritó.

Retomó el camino que se perdía en la distancia y recordó al capitán De Soto dándole una bofetada y sacándole sangre por haber perdido su bacineta en Tumbes. Se sintió solo y desamparado.

La luz que alumbraba el camino, que era una larga cicatriz de piedra, dejó de alumbrar. La oscuridad nuevamente se apoderó de todo. Se quedó estático. Pensó en esa masa que se le había escurrido entre las piernas. Cerró los ojos y se sintió tan ciego como la gitana que le leyó la suerte en la palma de la mano en Trujillo de Extremadura.

Se tocó las orejas y supo que el zumbido que llegaba cada vez más fuerte no era del absoluto silencio que allí reinaba, sino de las miles de luciérnagas que llegaban para alumbrar el camino extraño e inmenso.

No hizo más que seguirlas por largo rato. Atravesó dos puentes de paja y piedra, bebió de una fuente de agua clara que caía lentamente. Se maravilló de la luz que producían esos insectos que antes había despreciado y matado «mientras podía». Reparó en el calor que se producía en los lugares donde el camino se cerraba. Y, por fin, después de haber andado tanto, decidió recostarse en un lugar donde su cuerpo cabía perfectamente y dormir un poco antes de seguir.

Cuando despertó todo era claro. Muchas ventanas pequeñas alumbraban el túnel. Se incorporó. Acomodó la espada y sus cabellos largos. Trató de peinar sus barbas con sus dedos extendidos y prosiguió su camino hacia el lugar que su corazón le dictaba: una luz al final del túnel donde, si el Apóstol Santiago así lo permitía, acabarían sus penurias. «Todo lo que empieza tiene un final», se dijo.

El túnel había llegado a su fin. La luz natural le obligó a protegerse con sus agotados brazos. Se arrodilló y besó el suelo. Podría ver por fin el Cusco inmenso y cercano. Su corazón palpitó incesante. Quiso saltar de alegría cuando una mano lo detuvo.

—El Gobernador Francisco Pizarro quiere verte, Gozayo —le dice un soldado—. Te espera una sorpresa, Gozayo...

—¿Ustedes también ya llegaron al Cusco, soldado?

—Hace días, Gozayo. Hace días. Te ganamos.

La risa del soldado que carga a Gozayo hasta la tienda de Francisco Pizarro le da ese escalofrío que casi había olvidado.

—Gobernador, tengo una historia increíble del túnel por el que he llegado al Cusco —dice, imaginando que esta vez el Gobernador lo tendrá en cuenta.

—Algún día, Gozayo —le dice el Gobernador Francisco Pizarro, tocándose la barba recién peinada—. Ahora tengo que hacer algo para no aburrirme en esta Caxamarca que me sabe a sangre, y justo cuando faltan muchos meses aún para ir al Cusco, que es el ombligo del mundo, y no sé cuantos para matar al inca Atipaj Kallpa que es más inteligente de lo que pensaba.

—Gobernador, ¿no estamos en el Cusco, aún? —pregunta asombrado Gozayo, soportando su inmensa joroba.

Las carcajadas de todos le hacen levantar la cabeza: aún está en Caxamarca y el

lugar donde por error ha dormido su vomitiva borrachera es la misma morada del señor Gobernador que pide solemnemente al padre Valverde bendecir la soga que servirá para ahorcar al torpe y soñoliento monaguillo Gozayo, «para no aburrirme, padre Valverde, para no aburrirme en esta fría y triste Caxamarca».